

1

AUTUMN

Gabriel tenía treinta y tres años, era el padre separado de una adorable niña de cuatro años y, además, había resultado ser el único hombre capaz de conseguir que me estremeciera por dentro cuando me miraba.

Pero ¿dónde guardaba las espátulas?

Había buscado en todos los cajones y alacenas de la cocina sin encontrarlas. Solo quería hacer una tortilla y ya llevaba unos treinta minutos revolviéndolo todo; había encontrado *tappers*, un viejo libro de recetas para ser buena ama de casa publicado en los años 70 e incluso lo que parecía una versión en miniatura de una de esas herramientas para cepillar madera. Sin embargo, no había visto una espátula por ninguna parte. ¿Quizá los británicos tenían la costumbre de guardar los utensilios de cocina en el cuarto de baño o algo así? Para salir de dudas, cogí el teléfono y llamé a mi hermana. Hollie entendía a los británicos mucho mejor que yo.

—¿Dónde guardan los británicos las espátulas? —pregunté.

—¿Las espátulas? —repitió Hollie.

—Sí, Hollie, el hambre me hace sentir retortijones en el estómago, son casi las nueve de la noche y estoy buscando una en la cocina, pero quizá no sea el sitio adecuado. —Me desplomé en los suaves cojines de color azul marino que cubrían el largo banco de madera que recorría la mesa—. Solo quiero hacerme una tortilla.

—Bueno, en primer lugar, aquí ese tipo de utensilio se llama pala de cocina —me explicó Hollie con ese tono típico de que pensaba que yo no me enteraba de nada.

Estaba casi segura de que el inglés seguía siendo el idioma oficial tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, pero desde que me había mudado a Londres hacía unas semanas, a veces tenía que consultar el diccionario para asegurarme de que era así. El mero hecho de estar en la cocina requería de un traductor. Había descubierto que los quemadores eran «fogones». Las encimeras eran «superficies de trabajo» o «mostradores». ¿Mostradores de qué? Después de una búsqueda en Google de la que no me sentía del todo orgullosa, había visto que «mostrador» podía ser cualquier superficie elevada y horizontal de una habitación. Ver para creer. Y por si eso fuera poco, me estaba enterando de que también las espátulas tenían otro nombre, nada menos que «pala de cocina». Y si no quería cavar nada, ¿qué?

Casi podía ver cómo Hollie se encogía de hombros.

—Sigue siendo una pala de cocina.

—Bueno, ¿y sabes dónde puedo encontrar... eso en una cocina normal en el Reino Unido?

—Por lo que sé, las guardan en el mismo lugar que los americanos. En la cocina, en un cajón, en un bote encima del mostrador... Ya sabes.

Tal vez Gabriel no tenía ese tipo de utensilios o tal vez los guardaba al otro lado de la puerta cerrada con llave que había al fondo de la cocina. Era la única habitación de la casa, salvo los baños, que tenía cerradura. Y el mensaje claro y tácito que Gabriel me estaba lanzando a mí, la niñera recién contratada, era que no entrara allí. Así que, por supuesto, me moría de ganas de ver qué había.

—¿Estás bien? —preguntó Hollie.

—Bueno, tengo un poco de hambre —repetí mientras me levantaba para ir a la nevera. Hacerme una tortilla estaba fuera de mi alcance, así que iba a tener que pensar otra cosa.

—¿Gabriel sigue trabajando?

—Sí. —No me extrañaba que necesitara una niñera para Bethany. Había salido de casa a las seis de la mañana y todavía no había vuelto.

Todo el mundo había tratado de convencerme de que no aceptara el trabajo. Incluso el propio Gabriel había intentado disuadirme diciéndome que necesitaba una niñera que trabajara muchísimas horas durante los próximos meses, ya que él estaba pasando por un período laboral que demandaba su atención durante largas jornadas, por lo que también iba a perderme los fines de semana y las noches. Sin embargo, eso no me había desanimado. ¿Cómo iba a ser así? Bethany era adorable y vivían en una mansión que parecía sacada de una novela de Dickens, en pleno centro de Londres. Jamás habría podido permitirme vivir en una zona como Smithfield con mi sueldo de recién graduada. Y esa era otra razón por la que, para mí, el que se hubiera retrasado el inicio del programa de posgrado hasta septiembre no suponía el fin del mundo. Así podría disfrutar de Londres sin la presión de tener que dedicarme a darlo todo en el máster al mismo tiempo. Ni siquiera tenía que entrecerrar los ojos para ver el resquicio de esperanza que eso suponía.

Al principio no había sido fácil encontrar el lado positivo a que el programa de posgrado en el que iba a participar se retrasara seis meses. La recesión que había comenzado a finales del año anterior había provocado que muchas empresas cayeran en picado, incluso la que me iba a contratar, y eso que formaba parte del Fortune 500. Estaba muy emocionada por el simple hecho de poder empezar, sobre todo porque la primera parte era en Londres. Había pensado que en esos momentos estaría tomando cócteles con mis compañeros de trabajo y riéndome de los atascos de las fotocopadoras, o de lo que fuera que se riera la gente en las oficinas cuando llegaba el fin de la jornada. Se suponía que para entonces iba a tener ya un pie en la escalera profesional en lugar de pasarme el día limpiándole el trasero a una niña de cuatro años.

Pero cuidar de Bethany era un trabajo en Londres, y punto. Y cualquier trabajo en Londres era, por definición, más emocionante que un trabajo en Oregón, sobre todo porque Hollie

y su futuro marido vivían en Inglaterra. Mi hermana quería que sirviera mesas, que fuera su ayudante o que hiciera básicamente lo que fuera necesario para no mudarme a casa de Gabriel. Pero yo había adquirido formación en primeros auxilios pediátricos durante los veranos que había pasado como socorrista en la piscina de Sunshine y, además, tenía mucha experiencia como canguro. Y ese trabajo incluía alojamiento gratuito, lo que significaba que no tenía que depender de mi hermana para nada. Hollie llevaba veintitrés años poniendo literalmente un techo sobre mi cabeza, y yo estaba desesperada por librarla de ese peso y valerme por mí misma.

Trabajar de niñera no había sido mi primera opción, aunque podía haber sido mucho peor. Estaba en Londres. No dependía de mi hermana. Y mi jefe estaba tan bueno que me costaba creerlo. La vida no me estaba saliendo exactamente como había planeado, pero no podía quejarme

—Bueno, tal vez deberías acostarte temprano —comentó Hollie.

—Necesito comer algo —respondí, sacando jamón y queso de la nevera. Gabriel incluso me pagaba la comida, así que podía ahorrar todo lo que ganaba y disponer de ese dinero para irme de viaje el verano siguiente. Tomé una nota mental para gastar parte de mi sueldo en una espátula—. Y, de todos modos, no estoy cansada.

—Por supuesto que estás cansada. Has estado corriendo detrás de una cría de cuatro años durante todo el día.

No podía negar que trabajar de niñera era un trabajo duro, sin embargo, no iba a decírselo a Hollie; no quería que se preocupara. Bethany tenía una risa contagiosa, le encantaban las cosquillas y su curiosidad no conocía límites... Aunque el contrapeso a todo ello era que la impulsaba la energía de un *cocker spaniel* dopado. Al final del día me sentía como si me hubiera atropellado un tráiler.

—Es posible que Gabriel quiera que estés fuera de su vista cuando llegue —continuó Hollie. Intentaba sonar des-

preocupada, como si no estuviera sugiriendo que me mantuviera lo más alejada posible de mi jefe. Aunque hubiera querido mantener las distancias, que no quería, eso iba a ser imposible. Vivíamos bajo el mismo techo y a menudo él era el único otro adulto al que veía a lo largo del día—. Habrá trabajado mucho y querrá relajarse. Pero, ya sabes, es demasiado educado para decirlo. Deberías irte a la cama.

Miré hacia la puerta cerrada en el extremo de la cocina. La noche anterior había sido la primera que había pasado con Gabriel y Bethany, y todavía estábamos familiarizándonos con nuestras respectivas costumbres. Cuando Gabriel había llegado a casa, había desaparecido en el piso superior para cambiarse el elegante traje azul marino que llevaba en el bufete, el que hacía que sus ojos verdes se iluminaran como si fuera una especie de dios y que me pareciera delicioso y poderoso. El tipo de hombre que podía hacerme perder la cabeza. Cuando había vuelto, lo había hecho con unos vaqueros desteñidos que se ceñían a sus fuertes muslos y una camiseta vieja; el borde se le había levantado un poco al coger una copa de vino, y había podido ver cómo se le marcaban los abdominales. Luego me había fijado en el agujero que tenía la prenda en la costura del hombro, que parecía suplicarme que metiera allí el dedo y descubriera lo caliente, suave y «acariciable» que era su piel. Me habían dado ganas de rogarle que no volviera a ponerse nada más. Se me había secado la boca mientras intentaba encontrar algo que decirle a un hombre tan serio, dominante y guapo, pero no me había dado tiempo a nada antes de que se excusara de forma brusca y desapareciera detrás de aquella puerta cerrada sin darme explicaciones.

¿Se derrumbaría detrás de esa puerta?

Y si era así, ¿qué suponía eso tratándose de un hombre como Gabriel Chase?

Se me ocurrieron algunas sugerencias que implicaban que no llevara ni traje ni vaqueros. De hecho, la sagaz doc-

tora Autumn Lumen le proponía una ducha para dos y besar apasionadamente a la niñera para una relajación óptima.

—Deberíamos mantener una conversación sobre Gabriel —propuso Hollie, cambiando el tono cuando se dio cuenta de que no estaba mordiendo el anzuelo de su intento de sutileza. Utilizó su voz de hermana sensata, la misma que había utilizado cuando yo salía con Darren, de Eagle Creek, y Stuart, de Portland—. Tiene una hija y es un abogado muy importante. Además...

—Eres consciente de que no estoy saliendo con Gabriel, ¿verdad?

—Lo sé. Pero también sé que te acabas de mudar a su casa, que vais a vivir juntos y...

—¿Te preocupa que lo seduzca y me aproveche de él? —No estaba muy segura de cuál era el problema, algo que sí había tenido claro con Darren y Stuart. Cuando vivía en Oregón, ella había tratado de protegerme. No quería que acabara embarazada de un tipo que nunca iba a llegar a nada, lo que me podía llevar a abandonar la universidad y echar a perder mi vida. Pero en aquel entonces las circunstancias eran diferentes. Con Gabriel era distinto. Él ya había llegado a algo. Estábamos en Londres, no en Oregón. Y estaba bastante segura de que era obligatorio tener relaciones sexuales con él para quedarme embarazada.

—No. Estoy segura de que Gabriel nunca hace nada que no quiera hacer.

Interesante. Todavía no había visto ese lado de él, pero no lo conocía desde hacía tanto tiempo como mi hermana. Me gustaba la idea de que tuviera una resolución de acero.

—Solo estoy preocupada porque es..., ya sabes..., guapo. —*Te estás quedando corta, hermanita*—. Me preocupa que puedas acabar enamorándote de él.

—Oh, no te preocupes, puedo eliminar cualquier duda ambigua que tengas. Me he pillado totalmente por él. Pero

eso solo significa que soy humana. Estoy segura de que todas las mujeres de Londres están pilladas por Gabriel Chase.

Hollie se rio.

—Vale, es posible que eso sea cierto. Es que no quiero que acabes envuelta en una situación de la que te puedas arrepentir.

Suspiré.

—Mira, Gabriel no se va a interesar por una chica que proviene del lado equivocado de la vida y que trabaja para él cuidando de su hija. Soy muy consciente de ello. —Quizá me resistiera a ponerme mi pijama de franela favorito y quizá últimamente acompañaba mi moño desordenado con máscara de pestañas y colorete, pero no me engañaba a mí misma. No era una sofisticada mujer de mundo que paseaba por la vida con tacones de doce centímetros, olía a fragancia cara incluso cuando no llevaba ninguna y se hacía la manicura una vez a la semana en su *spa* favorito, como la mayoría de las mujeres que debían de frecuentar el bufete de abogados de Gabriel. Sus ojos encendían un fuego dentro de mí que solo podía apagarse con un viaje al Ártico, pero no era estúpida. Yo era su empleada. Mi cuelgue por él era, y seguiría siendo, una fantasía unilateral.

En ese momento, me llamó la atención el ruido de las tres cerraduras de la puerta principal al final del pasillo.

El tío por el que me había pillado estaba en casa.

2

AUTUMN

El aire cambió cuando Gabriel entró esa noche por la puerta. Parecía traer consigo la llovizna gris del clima de abril. Su ceño, constantemente fruncido, y la línea tensa de su boca sugerían que había una tormenta desatada en su interior.

—Hola —saludé. Tanto la noche anterior como esa, después de acostar a Bethany, había pasado el tiempo deshaciendo las maletas e instalándome, familiarizándome con la distribución de la casa y estudiando el mapa del sistema de transportes públicos de Londres.

—Buenas noches. —Su voz fue casi un gruñido, y me hizo sentir un escalofrío sensual.

Me giré en la cocina, donde estaba, y me encontré cara a cara con mi guapísimo jefe. No sabía cómo era posible, pero siempre que lo veía esperaba que no fuera tan alto, que su mandíbula no fuera tan afilada o que yo no sintiera tantas ganas de tocar sus rizos negros y brillantes. Era como si mi memoria no pudiera retener a alguien tan atractivo, así que reducía sus dones hasta que me enfrentaba de nuevo a la realidad. Esa noche su mirada era un poco más intensa que de costumbre.

—¿Qué es ese ruido? —ladró, sacudiéndose la siempre presente lluvia londinense del pelo antes de quitarse los zapatos, lo que me parecía un hábito adorable. ¿Quién no apreciaría que a un hombre con un traje hecho a medida no le gustara llevar los zapatos puestos en casa?

No estaba muy segura de a qué se refería con lo del ruido, y entonces me di cuenta de que debía de hablar del que provenía de mi móvil. Lo cogí y bajé el volumen.

—Es una selección de temas de musicales —expliqué, acercándome a él con el móvil—. A veces me gusta profundizar en toda la banda sonora, pero otras solo quiero escuchar las canciones más conocidas. Es lo mejor, ¿no crees?

Ladeó la cabeza como si estuviera en un zoológico mirando a un animal al que no hubiera visto nunca.

—Musicales —repetí—. Ya sabes, como *Showboat*. *West Side Story*. *El rey y yo*. —Gabriel seguía con la mirada perdida, y solo se me ocurrió una forma para explicárselo mejor: cantar—. «*The hills are alive with the sound of music...*». —Seguramente ese sería el único musical que habían escuchado todos los habitantes del hemisferio norte.

Hizo una mueca.

—Estás cantando.

—Por supuesto que estoy cantando. Todo el mundo debería cantar. «*I feel pretty. Oh, so pretty. I feel pretty and witty and bright*». —Me detuve, en parte porque no parecía estar divirtiéndose, pero sobre todo porque no se podía cantar una canción de *West Side Story* sin bailar, y había aprendido por experiencia que no podía bailar con calcetines en ese suelo de madera sin caerme de culo. Me encogí de hombros—. No sé qué tiene esa canción, pero no puedo sentirme más feliz cuando la canto. Los musicales tienen ese efecto en la gente. Deberías comprobarlo.

—No lo creo —repuso, acercándose a la nevera—. Y, si soy sincero, con tu voz tampoco estoy seguro de que debas cantar. —Miró dentro y luego sacó una cerveza.

—Bueno, acabas de ser un poco borde. Estoy de acuerdo en que no soy Idina Menzel, pero poca gente tiene su talento.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —comentó, y dejó la botella sobre la mesa de la cocina, encogiéndose de hombros.

—Da igual —dije, decidida a no ofenderme por su forma de hablar y por aquella evaluación tan poco favorable sobre

mis habilidades como cantante—. ¿Has cenado? Iba a hacerme una tortilla. ¿Puedo prepararte algo?

—Tengo cosas que hacer.

Miré hacia la puerta cerrada al fondo de la cocina. ¿Qué habría detrás de ella? ¿Un calabozo? ¿Un *spa* masculino? Quizá fuera aficionado a la taxidermia... Pero ¿por qué tenía que tenerla cerrada? ¿Era para evitar que saliera lo que había o para impedir que alguien entrara?

—Bethany ha pasado un día maravilloso. Por cierto, hemos ido a una fiesta de canto. Ya que estamos, ¿te parece bien que tu hija cante?

—Bueno, sí, tiene cuatro años. Y creo que posee una voz bastante entonada para su edad. —Abrió mucho los ojos, como si esperara que yo estuviera de acuerdo. El único momento en que su actitud se relajaba un poco era cuando hablaba de Bethany. El mero hecho de mencionarla parecía arrancarlo de su melancolía durante unos minutos.

—Me gusta muchísimo cuando canta. Su voz es deliciosa. Y tiene buen oído para la música. Por cierto, la ha invitado uno de los niños de clase a jugar en su casa. ¿Te parece bien? —pregunté.

—¿Te quedarás con ella?

—Por supuesto. Nunca la dejaría sola.

—Entonces sí, si crees que lo pasará bien.

—Y si podemos encajarlo. Tiene una agenda bastante apretada. Mañana va a natación. El jueves, a gimnasia. A música, el viernes. Y todo eso además del colegio. Pero, por lo que me han dicho hoy las otras niñeras, todos los niños tienen una vida tan ocupada como la de los Obama.

Se rio y lo miré con intensidad, fascinada. Sus sonrisas eran poco frecuentes, y, ciertamente, yo nunca había provocado una. Tal vez solo debía conocerme un poco mejor para relajarse en mi compañía.

—Supongo que pasa lo mismo en Nueva York —continué—. O en cualquier ciudad importante cuando los padres

han alcanzado el éxito y están pendientes de sus hijos. —En Oregón, con mis padres, no pasó lo mismo. Ni siquiera les interesaba si iba al colegio, y mucho menos si me encontraba al día con las actividades extraescolares y que, en realidad, eran inexistentes; había asistido al club de ajedrez durante algún semestre, pero no se me daba bien. Sin embargo, estaba segura de que si hubiera conseguido un trabajo en el parque de caravanas donde vivíamos o en la fábrica donde trabajaba mi hermana, se habrían sentido tan orgullosos de mí como los padres de Idina Menzel cuando vieron *Wicked* por primera vez. O también era posible que no se hubieran dado cuenta de algo así.

Gabriel abrió uno de los armarios de la cocina y sacó un abridor de donde estaba colocado, en un gancho en la parte interior de la puerta.

—¡Espátulas! —chillé al verlas—. ¿Cómo no las he visto antes? Las guardas colgadas como si estuvieran en un cobertizo de herramientas. ¿Por qué no las tienes en un cajón o algo así? Los británicos sois muy raros.

—Nunca se me habría ocurrido que una pala de cocina pudiera hacer tan feliz a alguien —comentó, mirándome como si hubiera perdido la cabeza.

—La esperanza siempre se alimenta con cosas pequeñas, Gabriel. Con cosas pequeñas.

Sacó una espátula de su gancho y me la tendió.

—¿Seguro que no quieres que te prepare una tortilla? —pregunté, aceptando el utensilio. Cuando mi mano rodeó el mango, nuestros dedos se rozaron, y fue como si un rayo ardiente me subiera por la mano y me calentara todo el brazo. Contuve el aire.

Solo había sido un roce accidental con los dedos, pero lo había sentido con tanta intensidad como si me hubiera estrechado entre sus brazos para besarme.

—Lo siento —murmuró. ¿Por qué se disculpaba? No me había tocado una teta ni nada por el estilo. Se aclaró la garganta—. Tengo que seguir.

Miré la puerta cerrada. Iba a volver a perderse en ese mundo tenebroso o lo que fuera que hubiera allí dentro.

—Si estás ocupado, puedo encargarme de echarle un ojo a Bethany.

—Mañana Bethany ya te hará correr, jugar al escondite, montar en bicicleta y llevarla al parque. No te quemes.

Flexioné un bíceps.

—Puedo con ella. —Hice una mueca—. Creo.

Sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura. Un momento después, desapareció tras la puerta cerrada, dejando fuera el mundo y a mí con él.

3

GABRIEL

Un estruendo en la planta baja atrajo mi atención hacia el reloj del ordenador. Mierda. Eran las siete y media de la mañana. A pesar de que era domingo, llevaba dos horas y media de videollamada.

—Voy a tener que dejarte —advertí a mi interlocutor. Cuando había respondido a la llamada poco después de las cinco, le había mencionado que tenía que colgar antes de las siete. Pero a Mike Green, mi mejor cliente, le gustaba sobrepasar los límites.

—Pero si estamos haciendo muchos progresos... —protestó Mike—. Creo que, si seguimos un poco más, podríamos tener el acuerdo redactado para el mediodía de tu país. Tendrás libre el resto del día.

—Tengo una niña de cuatro años, Mike. Podemos retomar el tema por la noche. Pero no te comprometas con esos analistas medioambientales: son unos inútiles. Buscaré a otros mejores.

—Gabriel, estos son los mejores.

—Se retrasaron cuatro días al entregar el último informe. No se puede confiar en ellos.

—¿No puedes quedarte unas horas más? Terminaríamos en nada...

Al ver que no respondía, suspiró e hizo un gesto de decepción con la cabeza. Me las iba a hacer pagar. La gente pensaba que cuando te convertías en socio de un bufete de abogados pasabas a ser tu propio jefe, pero nada más lejos de la realidad. Los clientes gobernaban la vida de los jefes,

que eran los que hacían un infierno de la vida de otras personas. Mike era gilipollas. Pero era un gilipollas que había alcanzado el éxito y que dirigía una de las pocas empresas de inversiones que seguía cerrando tratos en medio de la recesión. Probablemente porque no tenía más cosas que hacer.

Me salí de la reunión *online* y atravesé el despacho hacia la puerta, siguiendo el sonido del golpe que había oído. Bethany se despertaba entre las siete y las siete y media de la mañana, puntual como un reloj, y aunque normalmente se limitaba a jugar en su habitación hasta que yo iba a buscarla, era posible que hubiera bajado las escaleras.

Entré en la cocina y, en lugar de ver la vajilla destrozada y a una niña de cuatro años descalza, me encontré a Autumn junto a los fogones y a Bethany sentada en un taburete.

—Buenos días —saludé antes de pasarme las manos por el pelo y besar a mi hija en la cabeza—. ¿Puedes bajar el sonido de la música? —¿Qué coño le pasaba a Autumn con los musicales?

—Estamos haciendo tortitas —anunció Bethany, removiendo la mezcla en el bol que tenía delante—. Y mientras, cantamos.

Que Dios nos ayude. Autumn cantaba como si se estuviera ahogando en un pozo de gatos y Bethany tenía cuatro años, así que, naturalmente, sonaba como uno de los gatos. Las dos juntas podían resultar útiles como defensa si hubiéramos estado luchando contra los talibanes, pero mis tímpanos no podían sobrevivir a otro estribillo de *Let it Go*.

Miré a Autumn, preguntándome si había oído mi petición de bajar la música, y me sonrió. No había conocido antes a una persona que pareciera feliz todo el tiempo. No estaba seguro de si solo trataba de impresionarme o si se lo pasaba bien de verdad. A todas horas.

—Esta semana he comprado sirope de arce y arándanos, así que vamos a probarlos. ¿Estás dispuesto a ser nuestro co-

nejillo de Indias? —preguntó. Más sonrisas. Eran las siete y media de la mañana y domingo. ¿Qué motivos tenía para mostrarse tan alegre?

—Por favor, papá —suplicó Bethany.

—De acuerdo. —Siempre me sentía indefenso ante las peticiones de mi hija. Cogí el teléfono de Autumn y silencié el incesante chillido, con la esperanza de disuadir de cualquier participación a aquellas *amateur*, y tomé asiento en el taburete que quedaba junto a mi hija. Recé para que lo que estaba cocinando Autumn fuera mucho mejor que su capacidad vocal—. Pero no entra en tus tareas que hoy tengas que hacerle el desayuno a Bethany. Ni a mí, de hecho. Sé que es domingo.

—Estaba despierta. Y estoy preparando el desayuno de todos. O eso espero... —Me guiñó un ojo. No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien me había guiñado un ojo. Quizá hubiera sido el jardinero que teníamos cuando era niño. Hoy en día parecía demasiado serio para que alguien me hiciera un gesto cómplice.

Excepto Autumn, al parecer.

—Allá vamos. ¿Te apuntas a la primera prueba, Bethany? —Autumn sirvió la primera tortita en un plato de madera—. Con poco sirope y muchos arándanos, por favor.

—¡Está caliente! —exclamó Bethany mientras miraba con intensidad el trozo de tortita del tenedor y empezaba a soplar de forma ineficaz.

Antes de que Bethany emitiera su veredicto, Autumn depositó tres tortitas en mi plato y me dio un cuchillo y un tenedor.

—¡Qué ricas están! —declaró Bethany—. Papá, come. —Señaló mi plato con el dedo.

—Se me han acabado las excusas —respondí, y me llevé un trozo de tortita a la boca.

—¿Están buenas? —preguntó Autumn.

Asentí, tratando de igualar su entusiasmo. La noche anterior me había acusado de ser un borde, y no tenía tiempo

para buscar otra niñera si Autumn decidía tirar la toalla. Más de una de las *nannies* me había acusado de ser hostil y poco agradecido.

—Es una receta familiar secreta —explicó Autumn como si acabara de servirnos un plato de estrella Michelin.

—Papá, hoy tenemos que ir a ver a los osos-soldado, ¿recuerdas? —dijo Bethany.

—Ha estado hablando de esos soldados sin parar —comentó Autumn—. Me preocupa un poco que la hayas apuntado a una especie de ejército de ositos.

—Es que le he prometido que la llevaré a ver el cambio de guardia. Ella cree que los sombreros que llevan les hacen parecer osos.

Autumn se llevó un trozo de tortita a la boca.

—¿El cambio de guardia? ¿Como hacen Christopher Robin y Alicia? —Su cara estaba llena de tanta alegría que parecía como si alguien le hubiera regalado la luna—. ¿Eso pasa de verdad?

—Por supuesto que sí —respondí. ¿Por qué creía que no era real?

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó al tiempo que vertía más masa de tortitas en la sartén—. Ese poema... —Negó con la cabeza como si no importara—. Lo escuché mucho mientras crecía. Me encantaría ver cómo funciona todo en la vida real. ¿Sale la reina a saludar?

No esperaba tener compañía ese día. Los fines de semana eran para mí y para Bethany. No veía mucho a mi hija entre semana, así que intentaba que los fines de semana fueran tiempo de calidad.

—¡Sí, Autumn, ven! ¡Por favor, papá!

Mi hija hacía conmigo lo que quería. Y no estaba de más ser amable con Autumn para que no me dejara tirado y sin niñera otra vez. La carga de trabajo estaba siendo brutal en ese momento, e iba a ir a peor en los dos meses siguientes. Autumn tenía que quedarse hasta finales de julio, cuando

todos los clientes se fueran de vacaciones y yo tuviera tiempo de encontrar una nueva niñera.

—Por supuesto, Autumn puede venir, cariño. Pero puede que no quiera porque no veremos a la reina. Solo a un montón de conductores de autobuses y a turistas.

Autumn se encogió de hombros, con los ojos tan brillantes como cuando el sol incide en el agua.

—Estoy deseando ir. ¿A qué hora tenemos que salir?

Pero en lugar de desaparecer hasta que llegara la hora de irse, Autumn sacó la mochila de Bethany y empezó a llenarla.

—Ten —me dijo, ofreciéndome una hoja plastificada—. He preparado una lista de todo lo que necesita cuando salimos a pasar el día fuera.

—¿Has escrito una lista? —Me resultaba extraño tener ayuda durante el fin de semana. Había pasado mucho tiempo desde que la madre de Bethany se había ido.

Se encogió de hombros.

—Por supuesto. Así no me olvido de nada. También tengo una para ir al cole. Creo que es mejor estar preparada para todo ante la vida. Así te queda tiempo para lidiar con lo inesperado.

No estaba seguro de lo que estaba hablando, y me preocupaba que, si le pedía explicaciones, solo me dejara más confuso.

Treinta minutos más tarde, Autumn saludó al taxista cuando subimos al taxi.

—Gracias por llevarnos al palacio. —Sabía que le íbamos a pagar, ¿no?

—Cabeza arriba. Cabeza arriba. Como Paddington —canturreó Bethany para sí misma mientras bajaba el asiento abatible y se subía. Me agaché para fijar el cinturón de seguridad y mi mano chocó con la de Autumn. Un destello de energía me subió por el brazo y pareció irradiar luz desde el centro

de mi cuerpo, empezando por las pelotas. ¡Dios mío! Pensaba que la chispa de electricidad que había saltado entre nosotros cuando le entregué la pala de cocina la noche pasada había sido una casualidad. Pero, al parecer, no había sido así.

Autumn jadeó y retiró el brazo.

¿Ella también lo había sentido? Había sido como una especie de explosión...

—¿Estás bien? —pregunté, sin mirarla, mientras terminaba de asegurar a Bethany en el asiento adaptado.

—Sí —dijo, mucho más tranquila de lo que estaba acostumbrado a verla; prueba fehaciente de que ella también había sentido algo.

Autumn era una chica atractiva. Me había dado cuenta la primera vez que la vi. Había dejado de fijarme en las mujeres después de que Penelope se marchara y me había prometido a mí mismo mantener una vida de celibato. Quería centrarme en las cosas que merecían mi atención: mi hija, el trabajo y los cinco hombres a los que consideraba más mis hermanos que mis amigos. Autumn había interrumpido esa concentración durante una fracción de segundo. Pero solo había sido eso, una intrusión momentánea. Sin duda era atractiva, hermosa y un poco inquietante, así que alguna parte de mi fisiología había reaccionado, como era lógico y normal. Pero ese momento ya había pasado, ¿verdad?

Cuando llegamos al centro ya había olvidado aquel chispazo. Estaba seguro de que Autumn también lo había hecho, al menos si tenía en cuenta el parloteo que había mantenido con el taxista. Me sorprendió que aquel hombre no la hubiera invitado a su trigésimo aniversario de boda, que se celebraba al cabo de un mes. Se habían hecho amigos con rapidez mientras lo acribillaba a preguntas sobre qué pasajeros famosos había llevado y sobre las mujeres que casi habían dado a luz en el asiento trasero. Por lo que había podido comprobar, el carácter alegre de Autumn no parecía ser algo que solo surgiera en mi beneficio. Y si así era, se extendía

también al taxista. Esa chica parecía feliz de verdad. Todo-el-tiempo.

Por lo menos no se había puesto a cantar...

Cuando nos bajamos del taxi, me coloqué a Bethany sobre los hombros, como hacía normalmente. En esa época del año no iba a haber una multitud, pero no pensaba correr ningún riesgo. De esa forma, mi hija estaba a salvo y, además, tenía la mejor vista.

—¿Puede haber algo más icónico y británico que ir a ver el cambio de guardia en un taxi negro? —preguntó Autumn, iluminando aquella aburrida mañana de abril con una sonrisa enorme.

—¡Los osos! —gritó Bethany, señalando hacia el palacio.

—Vamos —respondí—. Tenemos que conseguir un buen sitio. —En ese momento había poca gente, pero pasados diez minutos iban a aparecer miles de personas de la nada, como hormigas yendo a por un helado.

Sentí la vibración del móvil en el bolsillo antes de escuchar el timbrado, y mis tripas se revolvieron como si hubiera ingerido salsa pasada. Sabía que era Mike y, aunque hubiera querido deshacerme de él como cliente, dado el estado de la economía era el único que me aseguraba que no me iban a echar del bufete. Saqué el aparato del bolsillo mientras sujetaba las dos piernas de Bethany con una mano. Incluso con las manos de mi hija extendidas sobre mi frente y viendo con un solo ojo, pude distinguir que, efectivamente, se trataba de Mike.

—¿Trabajo? —preguntó Autumn.

—Sí —confirmé—. Es que tengo un cliente especialmente exigente. No tiene hijos, así que no le apetece pasar tiempo fuera del despacho.

—Pero si es fin de semana...

—Dice la mujer que ha salido con su jefe y su pupila.

Se rio.

—Supongo que no soy la más adecuada para abrir la boca, pero esto es divertido. —Dio una palmada con las manos cu-

biertas por los mitones y se volvió hacia Bethany—. ¡Puedo ver a los osos-soldado!

Si se lo pasaba bien, quizá se quedara todo el trimestre. A Bethany parecía caerle muy bien Autumn, y, dejando a un lado su afición por los musicales, no era una mala inquilina. De todas formas, yo apenas estaba en casa; además, cuando así era, me pasaba la mayor parte del tiempo en el taller. Por lo que, desde mi punto de vista, el acuerdo que teníamos era perfecto.

Llegamos a las puertas del palacio y nos colocamos en uno de los huecos que había frente a las altas barandillas negras que lo rodeaban.

—Sinceramente, he estado esperando para ver esto desde que tenía nueve años —confesó Autumn.

—¿El cambio de guardia?

—Sí. Y Londres. Y el mundo —explicó, echando la cabeza hacia atrás todo lo que podía, como si tratara de distinguir Júpiter.

—¿Siempre has querido viajar? —pregunté.

—Siempre. Y cuando por fin Hollie pudo venir a Europa, supe que no me iba a quedar atrás. Estoy deseando ver el Coliseo. La Torre Eiffel. Quiero ir a ver... —Hizo un movimiento de pinza con los dedos—. Ya sabes, en Sevilla.

—¿Flamenco? —sugerí.

—Eso es —respondió ella; cerró los ojos e inspiró como si estuviera oliendo un ramo de flores de verano—. La espera se me está haciendo eterna. Pensé que iba a tener que aguardar a que me dieran vacaciones, pero al no incorporarme al programa de posgrado hasta el próximo septiembre, puedo pasarme todo el mes de agosto viajando. Todo me ha salido genial.

—Pobre dama de oro. No puede verlos —dijo Bethany, interrumpiendo mis pensamientos. Me dio una palmadita en la cabeza y señaló la estatua en lo alto del monumento a la Victoria.

—No, cariño, está mirando en la dirección equivocada —respondí.

—Creo que se está asegurando de que todo el mundo sea feliz —intervino Autumn—. Y estoy segura de que alguien le enseñará fotos.

—¡Mira! —chilló Bethany—. La reina.

A veces me preguntaba qué pensamientos rondarían por la cabeza de Bethany entre sus declaraciones aleatorias. ¿Creía que la estatua cobraba vida cuando la gente se había ido y que la Victoria se unía a Su Majestad para tomar el té y reírse de la ceremonia? Ser padre era lo más gratificante, confuso y desafiante que me había tocado en suerte, y, a pesar de que la madre de Bethany nos había abandonado, volvería a hacerlo todo exactamente igual sin pensármelo dos veces. Bethany era un constante recordatorio de que había alguien más que yo en el centro de todo lo que hacía. Y era un recordatorio importante, que me mantenía centrado y firme incluso frente a clientes infernales como Mike.

—Gira —me exigió Bethany, y, obedientemente, me moví trescientos sesenta grados en el acto. Bethany se echó hacia atrás, como hacía siempre que estaba sobre mis hombros, y yo le apreté los tobillos con más fuerza—. Otra vez. —En esa ocasión hice el gesto dos veces. A continuación, me agaché y me incorporé de un salto, al tiempo que balanceaba los hombros a izquierda y derecha como si fuera la atracción de feria personal de Bethany. Cualquiera cosa con tal de oír su risa.

—Es maravilloso veros juntos —afirmó Autumn, sonriéndonos a los dos.

Alguien me tocó el hombro, y cuando me giré me encontré a una anciana tirando de una de esas cestas con ruedas en las que los mayores llevan las compras.

—Perdonen que los interrumpa, pero tengo que decirles que los tres forman una familia muy bonita.

No me habría quedado más sorprendido si me hubiera dicho que había salido en calzoncillos sin saberlo. Me quedé

sin palabras. Miré a Autumn, esperando que interrumpiera y corrigiera a la mujer, pero ella parecía estar concentrada en los preparativos que se desarrollaban detrás de la barandilla.

La mujer miró a Bethany.

—Vas a ser tan guapa como tu madre —le dijo a Bethany.

Había pensado que Autumn era mi esposa. Que era la madre de Bethany. ¿No podía ver que yo era mucho mayor que Autumn? ¿Que era el tipo que le pagaba el sueldo?

Me dio una palmadita en el brazo.

—Tiene una hermosa familia. Cuídela.

Si ella supiera...

Me había pasado cinco años casado con Penelope, tratando de crear la familia ideal. Pero llegó el momento en el que supe que no existía tal cosa. Al parecer, no había logrado aprender esa lección de mi padre. Mi exmujer había tenido que grabármela a fuego en el alma.

No iba a volver a cometer el mismo error.

Estaba decidido a ser el mejor padre posible para Bethany, y eso significaba que me ceñía a estándares muy exigentes. Quería ser un modelo de conducta para ella. Un proveedor. Y, sobre todo, su ancla; quería formar con ella un vínculo irrompible que le proporcionara coherencia y seguridad. Sabía lo que sentía un niño cuando el suelo estaba en constante movimiento bajo sus pies y no podía estar seguro de si sus padres iban a estar ahí cuando se despertara. La madre de Bethany se había deshecho de ella, pero eso solo había conseguido unirme más a mi hija.

Eso había supuesto no hacer viajes de trabajo en los que pasara la noche fuera para estar siempre en casa si se despertaba. Significaba no meter mujeres en mi cama, ya que una relación podía confundir o herir a Bethany. Y, sobre todo, suponía que tenía que dejar de «deshojar» niñas como si fueran pétalos de margaritas. Lo supiera ella o no, Autumn tenía un puesto de trabajo seguro con nosotros mientras siguiera en Londres.